

Cataclismo

Cuando murió su esposa, Arturo sintió que un vacío enorme llenaba su alma, y por momentos creyó que no tendría fuerzas para continuar adelante. Sólo gracias a ese poderoso instinto de supervivencia con que han sido dotados todos los seres, logró sobreponerse.

Portando en su equipaje esperanzas, ilusiones y proyectos habían emigrado a Australia diez años antes. A pesar de las dificultades de adaptación, las cosas en los comienzos marcharon bien; sus dos pequeños hijos se habían integrado al nuevo país y al nuevo idioma con facilidad. Para ellos, en cambio, había sido bastante más difícil; en la madurez no es tan simple aprender un nuevo idioma y asimilar toda una nueva escala de valores. Pero cuando ambos consiguieron trabajo – en tareas que no habían soñado antes de emigrar – la situación mejoró bastante. Al poco tiempo habían podido adquirir muchas cosas que allá en el subdesarrollo les estaban vedadas: el coche, el equipo fotográfico, el lavarropas y un sinfín de juguetes eléctricos que hicieron que la cocina de Amelia pareciera un complejo laboratorio.

Luego de algún tiempo Arturo sintió que el monótono trabajo de la fábrica estaba llagando su espíritu; una voz interior le decía que él no había venido a este mundo para hacer aquella tarea. “Arturito, un día tú serás un gran pintor”, había dicho un día su maestra de primaria al ver sus dibujos. Su sueño de algún día dedicarse al arte seguía latente. Pero en su juventud apenas si había estudiado pintura; su padre no veía futuro en aquello, y no quiso seguir pagando sus lecciones; cuando Arturo cumplió 21 años, mediante sus contactos políticos, lo convirtió en burócrata. Ahora, casi veinte años después, la estabilidad económica lograda le permitía hacer realidad su sueño, por lo que decidió dedicar sus ratos libres a pintar. Amelia, su esposa, le alentó con fervor, y una habitación se transformó en su estudio. Poco tiempo después tenía varios lienzos que sus amigos admiraban. “Debes hacer una exposición”, le alentaban. Arturo sonreía.

Mas de pronto, en forma inesperada y alevosa, una cruel enfermedad se ensañó con la fragilidad de Amelia. Al principio no pensaron en algo grave; ella era optimista, y siempre que se hablaba de su anemia, sonreía y afirmaba que pronto estaría bien. Pero luego de dos años de duro batallar, la leucemia pudo más y ella dejó este mundo en una fría madrugada de invierno.

El golpe fue demoledor; Arturo debió apelar a todas sus reservas espirituales para continuar en la lucha. Durante algunos años, su vida fue ardua; debió ser padre y madre para sus hijos, que recién se hacían adolescentes. Luego de su dura jornada en la fábrica, llegaba a su casa a cocinar, planchar, limpiar y ayudar a los niños en sus deberes escolares. No había tiempo para la pintura; lienzos y pinceles fueron a invernar en un rincón del garage.

Pero el tiempo todo lo suaviza. Algunos años después, con el apoyo moral de buenos amigos, la profunda herida en su alma estaba cicatrizando. ¿Le haría bien regresar a su país por algunos meses, para volver a ver a familiares y amigos que había dejado tanto tiempo atrás? Rumió la idea. Sus hijos habían terminado sus estudios, y habían emprendido su propio camino. “Anda, papá, te hará bien”, le habían dicho.

Hizo los arreglos en la fábrica para unas vacaciones más extensas, y partió. La carga emocional pesaba más que su ligero equipaje. Al abrazar a los familiares que fueron a recibirlo al aeropuerto, sintió una sensación extraña; a través de la niebla de sus ojos, notó qué viejos y cambiados estaban todos. Dieciséis años no pasan en vano. Miró a su alrededor; parecía que sólo ayer había partido de aquel mismo aeropuerto. ¡Qué rápido se habían ido esos años! No pudo contenerse y lloró... hasta que una mano se posó en su hombro. “Vamos, Arturo. El taxi está esperando”.

Fueron seis semanas repletas de emotividad. El reencuentro con sus raíces le hacía brotar lágrimas con cada abrazo, felicidad y nostálgico dolor entremezclados. Al mismo tiempo, algo que le sorprendió: por momentos, echaba de menos su nuevo país.

A la semana de estar allí conoció a Lía; una ancha sonrisa, unos ojos negros con un brillo particular y una piel oscura que delataba un porcentaje de la raza autóctona en sus genes, hicieron renacer en Arturo las ansias de compartir alegrías, tristezas y su lecho con una mujer.

La atracción fue mutua, y él, cautivado por la sencillez de aquella mujer casi veinte años menor, le propuso casamiento. Una mezcla de dicha y temor ante lo desconocido aceleró los latidos del corazón de Lía; finalmente aceptó. Él hizo los trámites necesarios, y partió de regreso para preparar la casa y a sus hijos para recibir a su nueva compañera.

Se casaron por poder. Dos meses más tarde Lía llegaba a Australia; durante un mes su almita sencilla se sintió abrumada por un hermoso cuento de hadas: Arturo la llevó a muchos lugares pintorescos de la ciudad y sus alrededores, los amigos le mostraron gran simpatía, y sus hijastros la recibieron con cariño.

Arturo volvió a su rutina y su vida se estabilizó. Un nuevo orden reinaba ahora en su casa; atrás quedó la premura de cocinar y planchar cada noche. Un día sintió el llamado de eso indefinible que a veces parece tocar lo más íntimo de cada ser humano, y sus pinturas y sus lienzos despertaron de su largo letargo. Ante la sorprendida sonrisa de Lía, estableció de nuevo su estudio y comenzó a dedicar varias horas por las noches a sus pinceles. Algunos meses después, cuando había completado una media docena de cuadros que le satisfacían plenamente, Lía le anunció que estaba encinta. El rostro de Arturo se llenó de luz. Besándola con ternura, le dijo radiante:

–Espero que sea una niña. Fabián y Arturito siempre le decían a su madre que querían una hermanita.

Lía sonrió y nada dijo. Era de pocas palabras. Algunos meses después, Arturo sentía los diminutos dedos rosados de su hija presionar su pulgar y pensó que la vida era hermosa. En sencilla ceremonia, su amigo el Padre Javier bautizó a la pequeña con el nombre de Isabella Amelia.

Los amargos años vividos por la enfermedad de su primera mujer quedaron atrás; Arturo comenzó a saborear nuevamente el sentido de la vida. La monotonía de la fábrica ya no le preocupó tanto. Con entusiasmo se sumergió en sus pinturas, alentado por amigos que veían en él un talento promisorio. Una vez por semana, Arturo asistía a clases de pintura por la noche, y en sus momentos libres continuaba mezclando colores y dando vida a sus lienzos. Lía se dedicaba a su pequeña y a su hogar. Más de dos años pasaron cuando un día, su amigo José Antonio le dijo:

–Oye, ¿por qué no presentas un cuadro al concurso del Club Hispano? Es el 12 de octubre.

Arturo pensó por un momento.

–Dentro de dos meses... mm...¿Te parece? ¿Crees que podría ganar algún premio?

–¡Seguro que sí! –le animó José Antonio. –Tus cuadros son muy buenos.

–Sí, en realidad... –dijo Arturo, algo vacilante. – Hay uno; éste mira –y le señaló un lienzo bastante grande que tenía en el caballete.

–¡Exacto! ¡Ése mismo! –dijo José Antonio. –A mí es el que me ha impresionado más. Tiene... tiene una fuerza asombrosa, y es evidente que trasmite un sentimiento extraño... Es un cuadro que te obliga a detenerte y analizarlo por largo rato. ¿Cómo lo has llamado?

–“Cataclismo”, – respondió Arturo; luego de unos segundos de silencio, agregó: –Sí, tienes razón; lo voy a presentar; necesitaba esa opinión tuya, te confieso; yo le tengo mucha fe a este cuadro. Te diré que también al Padre Javier le gustó mucho.

–¡Claro que sí, Arturo! Tengo la seguridad de que te llevas el primer premio.

Sin pensarlo más, Arturo decidió presentar su cuadro al concurso. Le hizo colocar un marco y unos días después lo llevó al club donde lo inscribió; por algunas semanas que le parecieron eternas vivió la incertidumbre de saber qué suerte correría su cuadro. Cuando llegó el día señalado, Arturo y José Antonio se dirigieron al club, al que llegaron a eso de las diez y media de la mañana. Los ganadores serían anunciados a las once. Al llegar, un portero de prominentes bigotes negros los sorprendió con su acento asturiano:

–Lo siento, pero si no sois socios, no podéis entrar. Hoy no se puede. – Y al momento agregó: –Por favor, despejar, que hay mucha gente para entrar.

Arturo sintió asombro, rabia y desilusión. Miró a José Antonio que se encogió de hombros. Ambos se quedaron estupefactos por la inesperada situación. De pronto Arturo explotó:

–¡Yo me voy a la mismísima...!

–¡Espera! –le interrumpió José Antonio. –Ahí viene Eusebio. Está en la directiva y yo lo conozco bastante. –Y se dirigió a un hombre bien trajeado que llegaba en esos momentos, narrándole lo sucedido. Luego de algunos minutos en los que el portero y Eusebio, gesticulando discutieron un rato, éstos entraron al club, para salir al cabo de un momento. Eusebio se acercó a los amigos.

–Ya está arreglado. Ahora pueden entrar. –dijo extendiéndoles dos tarjetas amarillas. –Lo que pasa es que siempre el 12 de octubre se llena de tal forma, que en el pasado ha habido quejas de socios que no han podido hallar lugar, – explicó.

Agradeciendo efusivamente, ambos amigos entraron al club, que ya estaba repleto. En un salón había unos 15 cuadros en exhibición. Arturo sintió que el suyo sobresalía netamente. José Antonio tenía razón, ninguno de los otros impresionaba tanto. Un rato más tarde, en uno de los salones se iniciaba la ceremonia. Discursos del cónsul y del presidente del club. Un señor de prominente bigote dio a conocer los ganadores. Anunció primero el tercer premio, luego el segundo y cuando se iba a anunciar el primer premio, en medio de un silencio total, Arturo, sintiendo su corazón latir con fuerza, cerró sus ojos e hizo una breve oración. El anunciante dijo solemnemente:

–¡Primer premio, al cuadro titulado “Paisaje murciano”! Autor, Ángel Losada.

Un joven de negra barba se levantó nervioso desde las últimas filas y se dirigió al frente. El público aplaudió. Arturo también, pese a que en su interior sentía amargura y decepción. Se quedó en silencio por algunos momentos. José Antonio le palmeó el hombro.

–Estos jurados no saben nada de pintura, hermano. De eso puedes estar seguro. El tuyo era el mejor. No te preocupes...

Arturo no contestó. Había visto todos los cuadros expuestos y se había ilusionado demasiado. Su cuadro era realmente algo distinto, que se destacaba netamente. ¡¿Cómo era posible?!

Luego de un rato ambos amigos se retiraron, mientras José Antonio trataba de animar a Arturo, que masticaba amargura. Le acompañó hasta su casa, donde almorzaron. Lía no hizo comentarios; su sencillez no estaba interesada en menesteres artísticos; su vida, su contento, se centraban en su hija, su esposo y su hogar. Cuando su amigo se fue, Arturo sintió más el peso de su depresión. A la noche se fue a dormir tratando de dominar su desazón.

Temprano a la mañana siguiente, una llamada telefónica de Eusebio le trajo una noticia inesperada: Un norteamericano que visitó el club quedó tan impresionado con su cuadro, que quería comprarlo a toda costa. Arturo tardó algunos momentos en digerir la noticia.

–¿Quién... quién es el gringo?

–No lo sé, hombre; un tal Mr. Morrison. Me han dicho que es un coleccionista multimillonario de San Francisco. Mejor te vienes al Club enseguida. Él vendrá a las diez, y quiere concretar la compra de inmediato.

Luego de comunicar la nueva a Lía, que lo miró con incredulidad, Arturo se dirigió rápidamente al club con tremenda excitación. Horas después regresaba, su rostro radiante, con el cuadro bajo el brazo; le comunicó a Lía las novedades.

–El gringo me compra el cuadro, Lía... ¡por veinte mil! ¿Te das cuenta?

–¡¿Qué?! ¿Veinte mil dólares?

–¡Claro, mujer!

Lía se quedó muda de asombro. Arturo la abrazó y besó con entusiasmo.

–Ahora nos iremos por un mes a Europa, Lía. ¿Te imaginas? ¡El Louvre, el Prado, Florencia! – Y saltaba y agitaba sus brazos de contento.

Lía no salía de su pasmo. Luego se sentaron y Arturo, más calmo, le contó lo sucedido: En camino, él había pensado pedir unos mil dólares, o a lo sumo dos mil.

–Al llegar al club, Eusebio me estaba esperando, –dijo. –Mientras tomábamos un café me convenció que debía pedir mucho más. “Le oí decir que quería ese cuadro y que pagaría lo que fuera.” me dijo, “¿Te das cuenta? Los tres ganadores no le impresionaron nada, pero el tuyo... Además, el cónsul me dijo que es más rico que el Banco de España ... Es tu oportunidad, ¡no le aflojes!” Así que me armé de coraje y cuando apareció el Mister Morrison ese le dije, tranquilamente, que el cuadro ya estaba prometido para un comprador de Adelaide. Me preguntó entonces cuánto me darían en Adelaide; yo no sé de dónde saqué valor y dije “diez mil dólares”. “Okay”, me contestó el gringo. “Yo te doy doce mil” Al notar que yo me quedaba vacilante por unos momentos, el tipo dijo: “Te doy quince mil”. Tan asombrado estaba que no supe qué decir. Creo que él interpretó mi silencio como una vacilación, y entonces fue tajante: “Veinte mil y no se hable más” y me extendió la mano.

Arturo relató a Lía luego que atontado por el asombro y la emoción estrechó la mano de Morrison; éste se dirigió al cuadro, lo examinó y al notar que no veía su firma por ningún lado, le pidió a Arturo que lo firmara.

–Entonces lo tengo que llevar a mi casa. No tengo pintura aquí.

–O.K., O.K., Mañana lo recojoo de tu casa –dijo Mr Morrison con su fuerte acento– y te llevo el dinerou. ¿Está bien? –Y sonriendo feliz agregó: –Dame tus señas.

Arturo estuvo conforme, Eusebio y otro amigo fueron testigos del trato, y luego de celebrarlo con una botella de champagne, se separaron contentos.

Cuando él terminó su relato, Lía, que aún no comprendía totalmente aquello, preguntó nerviosamente:

–¿Crees que podremos ir a visitar a mamá?

–¡Claro que sí, querida! Vamos a donde tú quieras. Vamos a dar la vuelta al mundo. Quiero ir a Grecia y a Egipto, también. Mañana no voy a trabajar. Voy a ir a la agencia de viajes.

Y cruzando sus dos manos detrás de su cabeza, se quedó mirando el techo por algunos minutos. “Al fin”, pensaba, “¡al fin! ¡Tenía que llegar algún día!”.

Esa misma tarde tomó un pincel fino y, usando una pintura especial, estampó su nombre en un rincón del cuadro. Luego llamó a José Antonio y le contó todo. Por la noche, luego de acostarse, Arturo y Lía estuvieron hasta muy tarde planeando todos los detalles del viaje, que iniciarían en algunos meses.

–¿Lo celebramos? –preguntó él, encendiendo la luz.

–Bueno, apaga la luz.

–No, esta vez déjala encendida.

Soriendo, ella lentamente se quitó el camisón y él comenzó a besarla, muy suave al principio y luego con pasión.

Arturo se durmió imaginándose a ambos paseando en una góndola por los canales de Venecia.

Se despertaron bastante tarde. Lía salió de la habitación, mientras Arturo se desperezaba lentamente.

–¡Arturo! –el grito ronco de Lía sonó como un quejido.

Veloz Arturo saltó de la cama. El tono de aquella voz denotaba tragedia. Corrió al comedor, donde Lía contemplaba el cuadro, que se encontraba en el suelo.

–¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido?! –Su voz fue solo un gemido.

–¡Isabella! Se levantó temprano. –dijo Lía enjugando su llanto –¡Dejaste el tarro de pintura negra sobre la mesa, y mira lo que ha hecho!

La pequeña, con sus manos negras de pintura, miraba a ambos con expresión alegre. Arturo no podía creer lo que veía: El tarro se había volcado sobre el cuadro, que aparecía cubierto de pintura negra; únicamente, intacto, el rincón donde había estampado su firma.

(Este relato, con el título de “El cuadro”, obtuvo en el 3er Premio en el Concurso 1994 del Club Español de Sydney.)